

la estepa florecida

Melisa Papillo



poesía

Reposar en la jungla

De un color durazno claro
se asoma la flor del árbol de ceiba
en el páramo colombiano.

Cuando no está colgado
el perezoso es una manta arrastrándose por el verde,
encontrarlo fuera del árbol
nos hace dudar sobre su fama.

Tiene todo para escaparse o atacar
pero sigue trepado al árbol.

Crecen sus uñas en el ocaso del día.

¿Qué poema mira el perezoso
desde la rama inclinada?

Se sonríe desde lo alto, ya vio hace tiempo
lo que tenía que ver.

Algunas obsesiones

Tengo el privilegio de la vista
panorámica desde la terraza.

A lo lejos, una nube de eucaliptus se alza
entre casas bajas: el oasis del barrio.

Inclino la cabeza como alguien que no tiene vértigo,
de cara al piso, para ver bien,
y el viejo aparece otra vez, son las 14.30.

Una muchacha despeinada todos los días lo empuja
en su silla de ruedas hasta los bancos de la plaza.

Sacan una bolsita con alimento, una radio portátil
y las palomas los rodean.

Desdentado, él saluda y contempla
un racimo de aves que lo huelen,
le revolotean y lo aman.

No hay don de la palabra.

Los miro mientras se ríen de las palomas,
de lo que dice la locutora,
de lo fácil que es ahí que los quieran.

Cuello de jirafa

La nostalgia

crece en mí

como un cuello de jirafa.

Cuando la ignoro

se pone en puntas de pie

para alcanzar el ramaje más opaco.

No quiere evitar los símbolos.

No conoce camuflaje.

Nunca se puede

echar a dormir.

Soy la que canta en silencio un idioma

que aprendió y olvidó y volvió a recordar

a medias.

Soy la guardiana de los papeles archivados sin

propósito,

de la idea de un viaje,

de mis diecisiete años volátiles

de vos y yo aprendiendo a besar

a abrazar a tocar.

Perdí la sensación de la adolescencia

y lloro

sin dolor pero con el corazón en la mano

En una caja hay cartas, dibujos

fotos que saludo cada vez con más respeto.

Por eso me gustan tanto los animales silenciosos,

no hay nada más nostálgico

que el cuello de una jirafa.

Mi amiga y yo en el verano de 2006

A Melisa Morbelli

Está vacío el bar de la galería y ya es medianoche.

No vamos a ir a bailar, nos quedamos
tomando daikiri de melón.

Hablamos de lo mismo que a la mañana
de lo mismo que el día anterior tiradas en la arena
y supongo que de los mismos temas
que hablaremos al día siguiente.

Nos movemos en un líquido espeso y dulce.

No nos cansamos.

Atamos el futuro a la estrella más luminosa de la
noche
y así vivimos.

El bar se llena poco a poco,
la música está cada vez más fuerte y
no podemos escucharnos bien.
Salimos a la peatonal.

Un aire fresco nos golpea y devuelve el ritmo a la
conversación.

Caminamos hasta la casa tomadas del brazo,
mientras hablamos de ayer y de mañana
mientras no tan lejos dos sirenas visitan
las costas de un mar melancólico.

Boca abierta

Una historia te pedí que me contaras
una que hablara de vos.

Una historia que contara algo
del pasado de tu mamá,
de cuando ella tenía otro marido
y tu casa no estaba incendiada.

Alguna que hablara de las ruinas
que en ese tiempo no existían.

Quería que me contaras para acompañar
el sábado sin sol.

Pusimos la pava en la alfombra
y la torta en la silla,
vimos las cosas desde abajo.

Abriste la boca y contaste
una historia para entretenerme.
Ojalá me hubiera mordido los labios.

Justo esa no.

Esa es muy triste.

Vestido de quince

Lágrimas o pedazos de cielo

las piedras cosidas sobre la tela blanca.

Cómo reluce el recuerdo

una máquina que proyecta

sin diferenciar ya el pasado o el invento,

una máquina que superpone mi historia

a cualquier otra.

Entro a un salón del brazo de mi papá

estamos nerviosos

me agito arriba de unos tacos blancos.

Mi cara tiesa, los cachetes colorados.

No creemos en esto.

Cruzamos la puerta, nos aplauden.

¿A qué mundo estoy entrando esta noche?

Flores de utilería

Dos cuadros con nuestras fotos de 15
están colgados en el living de la que fue mi casa.
Mi hermana en uno y yo en otro, posamos con
flores de utilería
usando una media sonrisa.

Todo este tiempo nuestros rostros se acompañaron,
custodiaron el cuarto y las conversaciones que
flotaron ahí.

Las miradas nuestras desde esa perspectiva no se
cruzan
miramos a los ojos de quien nos esté viendo.

Imagino que por las noches
cuando nadie lee las dedicatorias que bordean las
fotos
descansamos y sus manos, que se agarran la
campera de jean,
y su sombrero de cowboy caen.

El ramo de flores ocres que sostengo también,
porque en las noches ya no me ofrezco de esa

manera.

Estamos cansadas de la pared.

**El cuadro con mi foto de 15 fue convertido en
espejo**

la foto estaba tan adherida a la madera del bastidor
que el vidriero tuvo que poner el espejo sobre ella.

Todo esto mi mamá narró sin maravilla.

Dice que lo va a volver a colgar en el living

y quienes se miren en él

verán su juventud reflejada siempre.

House

Four to the floor, I was sure

Never seeing clear

I could have it all

Whenever you are near.

-Starsailor-

Son las cinco de la tarde, escucho música

electrónica.

Hace algunos años la bailaba arriba de los

parlantes

inspirada por las luces que se prendían y apagaban,

por los vasos que corrían de una mano a otra

y subida allá arriba sentía el temblor

macabro interno que producía la música

los ojos entrecerrados, me dejaba llevar.

El temblor y yo éramos una

qué digo una, éramos miles

refractadas por los haces de luces.

Ahora casi la misma voz metálica me lleva

y trato de retener las imágenes que vuelven.

Estoy patinando en los recuerdos

practico el tarareo de las luces en la pista.

Esta música se parece al temblor de la vida cuando

empieza

a la colisión del cuerpo contra el cielo

es el corazón en las piernas

el aliento como alfombra, volándonos

hasta que la última canción me saque alucinando

de ahí.

Bailando con un desconocido

Si esta noche estuviera en una pista
y tuviera veintidós años
y el top rozara la línea superior de mi ombligo
y una mano desconocida se tendiera enfrente mío
sería una bailarina consciente de las luces en la
oscuridad.

No me escondería en los baños sucios a llorar:
aprendería a ser mi propia amiga.

Los ojos bien abiertos verían que
el techo es una bóveda hermosa y prismática.
Ni mi mano ni la tuya detendrían la canción
que ahora está sonando.

Si la música partiera en dos la pista
quedaríamos
extraño
vos de un lado / yo del otro.

Triste y tranquila

Corto flores en el fondo de mi casa
creyendo que puedo maniobrar la belleza.
Las pongo en un vaso
sobre la mesada de la cocina.
Una ficción de jardín interior
me hace seguir el día.



Melisa Papillo (Bs. As, 1984). Vive en Caseros. Es docente, tallerista y poeta. Publicó *La mecánica de los días* (Simulcoop, 2012), *Paisajes con agua en movimiento*, editado en Argentina y España, (La Carretilla Roja y Ediciones Liliputienses, 2020) y *No silbes en la oscuridad* (Mutanta, 2024). En 2022 participó del Festival Poesía Ya! en el CCK.

Integra *Medusa*, proyecto abocado a la traducción e investigación de poesía anglosajona, que en 2022 publicó *Antecesoras*, seis poetas de lengua inglesa del siglo XIX y principios del XX (Ed. Llantén).

Sus poemas forman parte de distintas antologías, entre ellas *Poetas argentinas 1981-1984* (Ediciones del Dock, 2023). Contacto: melipapillo@gmail.com

